

Ignazio Veca, *Il mito di Pio IX. Storia di un papa liberale e nazionale*, Roma, Viella, 2018, 309 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.1421-1426>

El autor, que acredita una exigente y completa formación histórica sobre una coyuntura sumamente atractiva pero también muy compleja como fue el 48 europeo nos permite gracias a este libro penetrar de lleno en la misma explorando los primeros años del pontificado de Pío IX quien, a diferencia de lo que ocurriría después del episodio de la República romana mostró inicialmente una faz liberal y nacional abriendo con ello unas expectativas enormes de cambio que no se circunscribieron a la Península italiana ni al orbe católico sino que trascendieron los límites de la propia Europa y del catolicismo. La figura del papa pareció condensar, en una época tan propicia a las utopías, las esperanzas de rotura de los viejos corsés que oprimían a las sociedades europeas y que se expresaron finalmente en las revoluciones de 1848.

El libro interpreta el estreno y las primeras decisiones de Mastai Ferretti como nuevo pontífice en junio de 1846 en términos de fabricación de un mito por cuanto fue aclamado y percibido como la personalidad que habría abierto una nueva era de regeneración política y moral para la civilización italiana y europea. El curso que siguió el mito así creado, de ascenso fulgurante –no obstante los límites y ambigüedades de la posición pontificia y romana– es abordado de forma muy convincente y creativa en el texto que también se ocupa del giro que empezó a experimentar al rechazar explícitamente el pontífice –en su alocución de 29 de abril de 1848– el papel de sostenedor de la guerra contra los austriacos que muchos patriotas italianos esperaban asumiera, llamando a una nueva cruzada. Las enormes expectativas depositadas sobre él no se desvanecieron en lo inmediato pero sí con la alocución *Quibus quantisque* de 20 de abril del año siguiente. Ahí terminó el mito de Pío IX que él mismo –ambiguamente– tanto había contribuido a fabricar. Como es obvio, los diversos acentos liberales, progresivos, nacionalistas con que su figura había sido investida en los dos años primeros de su gobierno quedarían desautorizados y tanto Pío como la curia romana se esforzarán por reorientar y resemantizar el mito. Muy importante desde esta perspectiva fue la publicación de la encíclica *Nostis et Vobiscum*, de 8 de diciembre de 1849 en la que, al decir del autor el pontífice fijó una lectura de la contemporaneidad ateniéndose a los

planteamientos intransigentes que veían en la modernidad revolucionaria el fruto de la apostasía protestante. Con ello se cerraba una parábola en buena parte de cuyo recorrido parecía haberse querido conciliar –con un cierto grado de sinceridad por parte del propio papa– a la Iglesia con la sociedad moderna.

El libro de lo que se ocupa principalmente es la fabricación del mito del pontífice liberal y nacional atribuyéndole un conjunto variopinto de intenciones regeneradoras y reformadoras. Esa atribución se entiende mejor desde el plano emocional ya que consistió en una inversión emotiva desde ámbitos y por parte de actores muy distintos lo que permitiría entender mejor la conceptualización como “mito” de la figura de Pío. Ello exige asimismo el comprender genuinamente los modos, varios también, como se interpretaban entonces tanto el liberalismo y el catolicismo y alejarnos de otros enfoques de su primer pontificado que lo distorsionan o que devalúan su significado y trascendencia.

El primer acto significativo del nuevo papa fue el decreto de amnistía por el que liberaba a todos los detenidos en las cárceles papeles y perdonaba –pues se trataba en sustancia de un perdón– todos los delitos políticos. Fue un acto que rápidamente desencadenó una onda de fabulación colectiva y que dio pie a una suma plural de expectativas que iban a la par del entusiasmo de las manifestaciones populares, de las que Roma sería testigo en la jornada de 8 de septiembre de 1846. También en los Estados Pontificios, así como en Francia (para *Le Siècle* Pío IX se habría convertido en «l’homme universel»).

Después del perdón el papa fue visto como un reformador, capaz de asegurar a sus súbditos un progreso seguro y duradero, acorde con las aspiraciones de la civilización moderna. Y sí, adoptó medidas a las que subyacía la aceptación de un moderado progreso y la voluntad de articular los cauces para que tuvieran presencia en la esfera pública las opiniones moderadas, pero reservándose la facultad de suspenderlos. El papa dio asimismo el paso de crear un consejo de ministros, mas los cambios estarán en los modos, no en la posición de fondo: un paternalismo carismático y populista.

Sobre dichas reformas y sobre el papa mismo se constituyó pronto una opinión pública cuya formación sería fruto de conversaciones y cartas privadas (a veces publicadas luego en la prensa), inscripciones en los muros, escritos anónimos cuya interacción el autor sopesa atribuyendo un valor singular a las primeras (así, las cartas de D’Azeglio o de Ozanam). Gracias a esa opinión, favorecida por la misma política vaticana, nacería el mito del

papa liberal y nacional. Pero al lado de este régimen comunicativo existía otro elemento que aportaba una connotación suplementaria a la atracción ejercida por Pío: la fascinación y emoción que suscitaba su propia persona, ya fuera mediante la ostentación de su propio cuerpo en la predicación o en las audiencias que concedía o la que se difundía gracias a los soportes técnicos de la época. Veca habla incluso de una «teología de la visibilidad», que vendría de más lejos, del tiempo posterior a las profanaciones de la época revolucionaria. Pío, además, fue el primer pontífice que fue objeto de un moderno *reportage* por no hablar de numerosas biografías entre las que sobresalió la de del exsansimoniano Félix Clavé que presentaba al papa como un «santo vivo» atribuyendo a su bondad innata el reformismo que estaba promoviendo.

Pío IX, pues, a través de este proceso de fabricación de su imagen era propuesto como un *exemplum* viviente, como una figura carismática, pero con un carisma muy distinto del que luego la posterior papolatría construiría presentándole no como prisionero de la modernidad revolucionaria, sino como un defensor y custodio del progreso. Los límites de esta operación en gran parte mediática se vieron cuando sus presupuestos de partida fueron a menos. Un indicio significativo de ese declive es que el rostro de Pío ya no aparecerá al cabo de pocos años tan sonriente.

Ateniéndonos a la Roma papal y a los Estados pontificios afirma Veca –refiriéndose específicamente a los notables, a las elites pontificias– que sobre el capital simbólico del papa se quiso construir una legalidad nueva que evitara caer en el desorden o dar alas a una revolución como la de 1789. Un programa moderado que personajes como Massimo D’Azeglio aspiraban a exportar a *l’opinione nazionale italiana*.y para el que Pío IX era presentado como su numen tutelar. Pero la movilización que estaba en la base de todos ello superó las fronteras pontificias y se extendió a toda Italia, dotándose a las veces de acentos nuevos, de signo profético y milenarista que alimentaban la esperanza en «l’aurora di Pio» y que abrieron la posibilidad de pensar en un Estado unitario italiano, bajo un signo católico liberal, del que el papa sería su demiurgo.

El propio gobierno francés y su ministro Guizot incitaron también a adoptar esa línea moderada bajo la tutela del pontífice, que suscitaba gran admiración en la opinión pública de aquel país, ligándolo a la causa de la independencia italiana. El apoyo al pontífice sería formalmente suscrito también por la prensa reaccionaria si bien desde presupuestos y justificaciones muy diferentes: para L. Veuillot, por ejemplo, la libertad con

la que se asociaba el reformismo papal era la libertad de la Iglesia, la libertad del apostolado, no la del desorden o la galicana.

La popularidad del pontífice seguía en aumento: en todos los muros podía leerse el lema *Viva Pio IX!*, una insistencia sobre su nombre y figura que se volvió una auténtica manía obsesiva que alcanzó un estadio paroxístico durante la primavera de los pueblos de 1848 y, en el ámbito italiano, una connotación política ya que pronto la invocación de su nombre implicó que se le atribuyera el papel de guía del renacimiento de la nación italiana. Toda una serie de himnos, poesías, canciones dan buen testimonio de esa polisémica inversión emotiva –concepto clave en esta obra– sobre su figura que alcanzó también al clero, bajo la forma de predicaciones en las cuales no era raro latiera la idea de una nueva unión entre patria y religión. Es decir, el apoyo a la causa nacional iba condicionado al necesario triunfo de la religión.

Pero el coro de voces que glorificaban al pontífice o se amparaban en la invocación de su nombre no se limitaba a la letra impresa o a la que transmitían desde el púlpito los oradores sagrados, sino que cabía oírlas en la calle, en la plaza, en los cafés o, en una forma muy propia de aquella coyuntura, en los banquetes en los que Pío llegó a ser presentado como nuevo Moisés, nuevo Rómulo que aseguraría la concordia entre religión y libertad como base de un nuevo orden civil, del vínculo de unión entre los hombres, leído como una metáfora de la unanimidad, sueño romántico por excelencia.

En este contexto de agitación de los espíritus que, sobre todo en Italia habían puesto en marcha las expectativas de liberación depositadas en la figura del papa la ocupación por el ejército austriaco de Ferrara, a comienzos de agosto de 1847 tuvo el efecto de acelerar el proceso de radicalización política en la Península obrando este incidente a modo de palanca que imprimió una metamorfosis definitiva a la carga emotiva que se proyectaba sobre el pontífice liberal, fusionando su condición de *pastor angelicus* con la de *defensor libertatis*. El asunto, sin embargo, evidenció las oscilaciones e incertidumbres de la política papal ante el hecho, muy evidente, de que el entusiasmo por el papa se estaba vinculando a la subversión de los equilibrios geopolíticos en la península.

Las expectativas despertadas por sus reformas y, aún más, por su posible papel de liberador y unificador de Italia potenciaron el mito también fuera de los confines italianos y la carga emotiva que sobre él se depositaba. En Europa, por ejemplo, la mitificación de su figura provocó un general entusiasmo (matizado, de todos modos por opiniones críticas o

desencantadas sobre la viabilidad del reformismo papal, como las de Edgar Quinet o del último Lammenais) contagiando incluso a corrientes utópicas de muy variado signo que se plasmaron en el envío a Roma de proyectos como el de una *Christian Commonweath* del filántropo anglicano John Minter Morgan. Pero no solo entusiasmo, sino también voces discrepantes u hostiles (se le asoció con la masonería) que expresaban una difusa resistencia a la política papal. Su popularidad, como hemos dicho, saltó incluso los océanos llegando a equipararse con un nuevo Washington en los EE. UU., en un proceso evidente de apropiación cultural y de sobreinterpretación facilitadas por el marcado carácter religioso de la joven democracia norteamericana

En todo caso esta «girandola del mito» o tiovivo por el que dio vueltas la imagen de Pío IX en Europa y América no dejaba de expresar las declinaciones diversas de una extendida tensión de carácter mesiánico, profético, milenarista, que trascendió incluso las fronteras religiosas alcanzando hasta a los hebreos. Lo cual ilustra la actitud de una generación, que se movía todavía en un marco de pensamiento y de sensibilidad románticos a la hora de concebir la política, en una estrecha mezcla con la religión lo que vuelve difícil en el 48 italiano y europeo encontrarle un sitio a la secularización. Un carácter religioso que resalta aún más la importancia del papel del pontífice en esta coyuntura y el modo como fueron leídas sus reformas, lo mismo que, centrándonos en el caso italiano otra proclama que dio el 10 de febrero de aquel mismo año en que parecía mostrarse dispuesto a tutelar la causa nacional, un paso que fue interpretado como que bendecía la guerra contra los austriacos y que algunos patriotas, tanto eclesiásticos como civiles, entendieron como el llamamiento a una nueva cruzada, algo que estaba muy lejos de las intenciones de Pío IX.

Retomamos aquí el hilo que habíamos dejado suelto en la parte primera de esta reseña: el declive del mito del pontífice a partir de su alocución de finales de abril de 1848, de su exilio en Gaeta y de la encíclica *Nostis et Vobiscum* que provocaron el desencanto y defección de buena parte de los que habían contribuido a crearlo y que su imagen progresiva y liberal fuera reemplazada por otra artera y antimoderna (y para los italianos, antinacional). Se operaba pues un cierre reaccionario en este proceso de mitificación, pero no del todo ya que esa conclusión daría alas a una nueva fabulación de la que participaron todos aquellos para quienes las vicisitudes corridas por Pío hicieron de éste una víctima de la ingratitud, un mártir de la fe y un santo, en definitiva. Es decir, el declive del mito daría lugar a una renovada forma de devoción al soberano pontífice. En gran medida cabría

situar ahí el origen de la campaña ultramontana que para lo sucesivo imprimiría su sello al catolicismo francés y europeo, fortalecida por el explícito apoyo de la Santa Sede. Lo que, por otro lado no dejaba de testimoniar otra forma de resemantización de la originaria inversión emotiva sobre el «papa bueno». De esta y otras supervivencias del mito se ocupa Ignazio Veca en el capítulo final.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-5238-5606>

Instituto Universitario de Historia Simancas

rafael.serrano@uva.es